



“El ajuar de un angelito”

p. 65-70

María del Carmen Vázquez Mantecón

La muerte y los niños. Exequias novohispanas y mexicanas a sus bienaventurados angelitos

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2018

90 p.

Figuras

(Serie Divulgación 13)

ISBN 978-607-30-1042-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de agosto de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/699/muerte_ninos.html

D. R. © 2021. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL AJUAR DE UN ANGELITO

Entre fines del siglo XVIII y las primeras décadas del XX, los atavíos de los “angelitos” mexicanos dependieron de su sector social y de los gustos de cada época. Lo más común, tanto en ambientes rurales como urbanos en todo ese largo período, era que los niños de ambos sexos portaran “un vestido talar de color blanco” en señal de su pureza.¹ Sin embargo, un hijo de virrey fue amortajado de monje Benito en 1756 (hábito blanco y escapulario negro), y hay registro para 1760 y 1802 de que a dos infantes de la élite, al menos para la pintura en la que fue retratada su muerte, los vistieron con hábito filipense (negro con casulla blanca), mientras otro, en 1805 y en las mismas circunstancias que los anteriores, fue engalanado como un vistoso arcángel cubierto de joyas, siendo de señalar que es el único caso donde el traje —alas incluidas— hace referencia al nombre popular.² Asimismo, quedó evidencia de algunas criaturas indígenas ataviadas con túnicas de papel de varios colores, una hacia 1826 en la zona minera de Tula, y otra, unos dos decenios después, en el pueblo indígena de Tecoch, Yucatán,

1 Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México [en adelante FRBNM], *Manual de Parrochos, para administrar los santos sacramentos, y executar las demás sagradas funciones de su ministerio. Escrito por el P. Miguel Venegas de la Compañía de Jesús [...]*, Imprenta del Colegio Real de S. Ignacio de la Puebla, 1766, p. 389.

2 *Artes de México. El arte ritual de la muerte niña*, México, n. 15, primavera de 1992.



dominando en la segunda los colores rojo y oro.³ Por otro lado, al mediar el siglo XIX, el niño indígena queretano del relato de Guillermo Prieto estaba vestido como San Juan Nepomuceno, y hay testimonio de que entre los de cierta posición gustaban del ropaje de Inmaculada Concepción para las niñas,⁴ cuya ausencia de vida fue pintada con ese atuendo.

Un bando del virrey Bucareli del 22 de enero de 1778 insistió, basado en la real pragmática de 1693, en la impropiedad de poner colores sobresalientes en los féretros, permitiéndose únicamente en los de los niños.⁵ Estos “cajones” se usaban entre los que se autonombraban “honorables”, y, según la misma pragmática, eran solamente para el velatorio y la función de la iglesia. No hay evidencia de cómo enterraban a sus niños las clases populares coloniales, pero es plausible que no hubieran usado ataúdes, como sucedió a lo largo de todo el siglo XIX, según queda consignado en los relatos de cronistas y viajeros. Llevaban el cadáver en andas

3 G. F. Lyon [George Francis Lyon], *Residencia en México, 1826. Diario de una gira con estancia en la República de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 76; y José Iturriaga, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, v. 2, John Lloyd Stephens, “Incidentes de viaje a Yucatán”, [1843], p. 140.

4 *La muerte niña*, México, Museo Poblano de Arte Virreinal, Puebla de los Ángeles, mayo-octubre de 1999, p. 39. Me refiero a una pintura de 1847 y a otra de 1871.

5 Verónica Zárate, *Los nobles ante la muerte en México. Actitudes, ceremonia y memoria (1750-1859)*, México, El Colegio de México/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2000, p. 221.

al cementerio,⁶ y lo bajaban a la fosa, sea en una estera⁷ o, más comúnmente, en la misma tabla donde lo sujetaron para ser expuesto. Esta predominante manera de colocarlos permitía, a veces, que el cuerpo del niño fuera puesto de pie, como, por ejemplo, lo vio Sartorius en el rincón de una cabaña, en un sugestivo nicho formado “con plantas y flores e iluminado con muchos cirios”.⁸ Menos romántica fue la impresión que le causó a Guillermo Prieto ver al muertito en posición vertical, “muy formal, con el bonete mal seguro sobre el desorientado cabello”.⁹ En tres ocasiones y en un contexto urbano, se mencionó que durante el velorio los niños fueron instalados sobre una mesa,¹⁰ mientras en una choza indígena oaxaqueña, el “cuerpo exánime de una niña”, en cuya cabeza relumbraba una corona de metal, estaba poéticamente “tendido en una cesta adornada de flores y verdura y rodeado de hachas encendidas”.¹¹

6 John Lloyd Stephens, *Incidentes de viaje...*, p. 140; y Guillermo Prieto, *Viajes de orden suprema*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1986, v. 1, p. 242.

7 Carl Christian Sartorius, *México hacia 1850*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990 (Cien de México), p. 273.

8 *Idem*.

9 Guillermo Prieto, *Viajes de orden...*, p. 242.

10 Anónimo, *Semanario de las Señoritas Mexicanas*, t. II, 1841; Gabriel Ferry [Eugène Louis Gabriel Ferry de Bellemare], *Escenas de la vida civil en México*, México, Departamento del Distrito Federal, 1973 (Colección Popular Ciudad de México), p. 57; y Desiré Charnay, *Ciudades y ruinas americanas. México, 1858-1861, recuerdos e impresiones de viaje*, México, Banco de México, 1994, p. 64-65.

11 Bernard Mathieu de Fossey, *Viaje a México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 199-200.

Hay una relación muy estrecha entre los niños muertos y el olor y la dulzura de las flores, que en México encuentra raíces tanto en las antiguas creencias precolombinas, como en los postulados de la liturgia católica. De acuerdo con el *Códice Florentino* y hablando del más allá, en el Chichihualcuauhco o Tonacacauhtitlan, estaban los niñitos pequeños, que se volvían piedras verdes, preciosas turquesas, brazaletes, porque no llegaron a conocer el polvo ni la basura. Ahí “libaban las flores de nuestro sustento”, mientras esperaban una segunda oportunidad,¹² convertidos en aves pequeñas de diversos colores. En cuanto a la liturgia, como también expuse más arriba, el *Ritual Romano* de 1614, en el capítulo “Ordo sepeliendi Parvulos”, estipuló que los niños difuntos debían portar una corona de flores o de hierbas aromáticas en señal de su virginidad y de la integridad de su carne, regla eclesiástica que en México se mantuvo activa en el siglo XVIII y en el siguiente. En ambas centurias, es posible encontrar, asimismo, que en algunas ocasiones, tanto para la corona como para las mortajas, se usaron flores artificiales, que, de acuerdo con el manual para párrocos novohispanos muy influyente, cumplían la misma función.¹³ Sin embargo, en ambientes campiranos, citadinos, pobres, o ricos, es constante el

12 Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España: el Códice Florentino*, estudio introductorio, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina Quintana, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000 (Cien de México), t. I, lib. VI, “Retórica y filosofía moral”.

13 G. F. Lyon, *Residencia en México...*, p. 76. Véase también FRBNM, *Manual de Parrochos...*, 1766, p. 389.

testimonio de la costumbre de las flores frescas (en una ocasión fue especificado que ahí había heliotropos, jazmines y rosas),¹⁴ de su profusión, y de que, ya fuera enteras o deshojadas, cubrían el cuerpo, dejando libre de ellas el lívido rostro.



Tampoco escasearon los cirios, las velas, o las hachas encendidas, según el universal y antiquísimo rito de ofrendar con fuego y humo a los muertos, porque el resplandor de hogueras, antorchas, lámparas o braseros, simbolizaba, igual que el de las candelas, “la luz del alma al extinguirse la vida del cuerpo”.¹⁵ La Iglesia católica lo adoptó desde fechas tempranas, convirtiéndolo luego en una regla, que obligaba a los párrocos a que no faltaran en las exequias, e incluso a proveerlos en el caso de los feligreses pobres.¹⁶ En los funerales y en las ofrendas a los muertos en la Nueva España y luego en el México independiente y moderno, las gentes de todos los sectores acogieron gustosamente esa costumbre, algunos con abundancia de candelas de cera, y otros, aunque

14 Desiré Charnay, *Ciudades y ruinas...*, p. 64.

15 Luis de Hoyos Sáinz y Nieves de Hoyos Sancho, *Manual de Folklore. La vida popular tradicional*, Madrid, Manuales de la Revista de Occidente, 1947, p. 364.

16 *Instrucciones mortuorias o Reglas para los enterramientos y funerales de los fieles difuntos en los pueblos cristianos según el ritual de la Iglesia Católica y órdenes de nuestros soberanos [...]*, por Don Pedro Gómez Bueno, cura propio y más antiguo del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz [...], Cádiz, Imprenta de la Casa de Misericordia, 1802, p. 10 y 30.



fuera con dos o cuatro de sebo. Asimismo, se hizo hábito que, tanto los concurrentes a cualquier entierro, como los que tomaban parte en los cortejos de cierta pompa, portaran consigo velas de cera llameantes. Según observó Carl Christian Sartorius, no había casa ni cabaña sin cirios, porque hasta el trabajador más pobre prefería quedarse sin pan que carecer de ellos, sobre todo entre los indios, que por comprarlos, aguantaban varias semanas sin ingresos.¹⁷ Guillermo Prieto narra que durante una excursión por el pueblo de Magdalena en el estado de Querétaro, una mujer pobre le pidió limosna para cuatro velas de cera que debía poner en Todos Santos a “su difunto, a sus dos infantitos y a su madrequita”. Como él le dio dinero sólo para las de los adultos, ella lo consiguió al fin para todos, replicándole que quería que sus niños regresaran al cielo “muy decentes y con mucha risa” y no con la cara ardiendo de vergüenza por no haberlas encontrado en la ofrenda.¹⁸

17 Carl Christian Sartorius, *México hacia...*, p. 271.

18 Guillermo Prieto, *Viajes de orden...*, v. 1, p. 254.